



“El terreno de la tradición”

p. 39-78

Raymond B. Craib

México cartográfico

Una historia de límites fijos y paisajes fugitivos

Rossana Reyes (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Geografía,
Centro de Investigaciones sobre América del Norte

2013

368 p.

Ilustraciones y mapas

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 64)

ISBN 978-607-02-4779-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 22 de enero de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/608/mexico_cartografico.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



El terreno de la tradición

En 1847, el político liberal mexicano Mariano Otero, queriendo explicar la facilidad con la que unos “diez o doce mil hombres hayan penetrado desde Veracruz hasta la capital de la república”, ofreció un argumento doloroso: México no constituía ni podía llamarse una nación.¹ Al situar la ausencia de nación en las persistentes herencias del régimen colonial, Otero cuestiona en qué medida México ha dejado de ser una colonia para convertirse en una nación moderna. Esta afirmación debe haber resultado perturbadora para muchos un cuarto de siglo después de la proclamación de independencia del gobierno español. Ciertamente, los integrantes de la elite mexicana que heredó la responsabilidad de la independencia en 1821 imaginaban ser miembros de una nación y un Estado mexicano definido.² Sin embargo, los actos de imaginación

¹ Otero, “Considerations relating to the political and social situation of the Mexican Republic in the year 1847”, cita de Cecil Robinson, ed. y trad., *The view from Chapultepec*, 5-31.

² La declaración más amplia sobre el tema puede encontrarse en D. A. Brading, *The first America*.

no tenían, en y por sí mismos, el poder suficiente para sostener a México, sin importar cuán esforzadamente lo imaginaran “sus” líderes, como lo demostraron de sobra los años turbulentos que condujeron e incluyeron a la guerra del 47 contra Estados Unidos. Al acabar la guerra, seguían planteándose las mismas preguntas a las que se confrontó la República en 1821: ¿cómo cohesionar un paisaje extenso y complejo –y la gente que lo habitaba– en una unidad inteligible, material?; ¿cómo llegar a legitimar externa e internamente un territorio político nuevo?, y ¿cómo demostrar que una nación, un Estado, un gobierno eran algo más que una simple conjetura? Eran –para tomar en préstamo un término filosófico– preguntas metafísicas, y los métodos ideados para responderlas eran parte de lo que se llamaría una metafísica del nacionalismo.

En este capítulo, sugiero que las disciplinas de la historia y la geografía fueron utilizadas para responder precisamente a estas preguntas. En particular, me centro en la forma en que estas dos disciplinas se unieron en los proyectos cartográficos nacionales después de la guerra del 47. Para demostrar que México era algo más que un concepto, para legitimar su existencia espacial y temporal, y para plantear argumentos visuales sobre su coherencia histórica y geográfica, los intelectuales de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE), de sustento federal, dedicaron su atención a la construcción de mapas nacionales (cartas generales) de la República. En las supuestamente objetivas superficies de los mapas nacionales, fusionaron historia y geografía para vincular un espacio conceptual con un espacio narrado, dotando a México de una tangibilidad textual y un pasado palpable. Así se *materalizó* México en la mesa del cartógrafo, una superficie reticulada en la que el pasado y el futuro del Estado-nación podían desplegarse simultáneamente.

Este capítulo se divide en cuatro secciones. En la primera parte analizo por qué las autoridades mexicanas se propusieron la construcción de un mapa nacional. En la segunda parte uso la *Carta general* de 1858, de Antonio García Cubas, para demostrar cómo la cartografía estableció visualmente el Estado-nación. En la tercera parte examino cómo las imágenes artísticas presentadas en ese mismo mapa sirvieron para vincular el territorio reticulado con un retrato ideológicamente

inmerso en un paisaje mexicano supuestamente depurado hasta su esencia. Por último, en la cuarta parte, reviso cómo el cambio arbitrario de los nombres de lugares realizado por las autoridades complicó las aspiraciones de la elite de fundar espacial y cartográficamente una narrativa originaria.

Visión

“[T]odas las naciones han empezado como nosotros en el camino de las ciencias”, declaraba Manuel Orozco y Berra en sus *Apuntes para la historia de la geografía en México* (1881).³ Que una declaración así –reveladora como la constructividad del Estado-nación– proceda de uno de los geógrafos más notables de México no es motivo para sorprenderse. La geografía demostró ser una ciencia clave en la formación de los Estados-nación del siglo XIX y estuvo estrechamente asociada con las necesidades técnicas y regulatorias de quienes tenían el poder.

El nacionalismo militar y económico en ascenso alentó la profesionalización de la geografía, su incorporación como una disciplina de las aulas de la educación superior y la fundación de sociedades geográficas nacionales.⁴ La primera sociedad geográfica latinoamericana –el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (que se convertiría en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística)– fue creada en 1833 por el entonces presidente Valentín Gómez Farías, guiado por la convicción de que la acumulación y la producción del conocimiento geográfico y estadístico eran cruciales para el desarrollo nacional.⁵ Como lo dijo dos

³ Orozco y Berra, *Apuntes*, 425.

⁴ Véanse los ensayos reunidos en Godlewska y Smith, eds., *Geography and empire*; Capel, “Institutionalization of geography and strategies of change”, y Harley, “The map and the development of the history of cartography”. Para una visión más amplia, véase Said, *Culture and imperialism*.

⁵ Véase Mendoza Vargas, *Historia de la geografía en México: siglo XIX, 42-50*. Los mejores estudios sobre la historia de la Sociedad son dos tesis sin publicar: Mendoza Vargas, *Historia de la geografía en México*, y Lozano Meza, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. Véase asimismo Aznar Barbachano, “Importancia del estudio de la geografía y estadística”, y Olavarría y Ferrari, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística México*.

años después el secretario de Relaciones Interiores y Exteriores, José María Gutiérrez de Estrada, las ciencias de la geografía y la estadística fueron “sumamente importantes [par]a la prosperidad y [e]l mejor gobierno de la Nación”.⁶

Estas consideraciones aseguraban que, una vez establecido, el instituto contaría con la asistencia del gobierno federal pese a los constantes cambios en el poder político que caracterizó las décadas iniciales de la República mexicana. Tanto conservadores como liberales apoyaron financieramente a la institución y los únicos cambios que ésta experimentó fueron de nombre.⁷ Por ejemplo, en 1839 la organización fue denominada Comisión de Estadística Militar, a petición de Juan Nepomuceno Almonte, militar de alto rango e hijo de José María Morelos y Pavón. Una vez bajo los auspicios de la Secretaría de Guerra, los empleados de la Comisión recibieron un salario federal y la responsabilidad de completar las tareas que se les asignaban. El cambio refleja un sentido de urgencia en los escalones superiores del ejército mexicano en cuanto a la recopilación de datos geográficos y estadísticos, en la medida en que Texas se inclinaba cada vez más hacia la secesión.⁸ Al cabo de una década, la organización adoptó el nombre que conserva hasta nuestros días: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

La estadística y la geografía eran ciencias del arte de gobernar. Habiendo recibido una fuerte influencia del utilitarismo de Bentham y la economía política de Smith, los intelectuales y las autoridades mexicanas vieron en la investigación estadística un medio no sólo de controlar las vicisitudes de la realidad, sino de darle forma.⁹ Con la capacidad para medir y comparar llegaba la capacidad de planear, modificar y transformar economías, espacios y poblaciones. El apremiante impulso de medir y planear también estructuró la comprensión de

⁶ Cita de Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad*, 86.

⁷ Véase Mendoza Vargas, *Historia de la geografía*, 2a. parte.

⁸ Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad*, 91.

⁹ Véanse estudios detallados sobre las estadísticas y el Estado mexicano en la primera mitad del siglo XIX en Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad*, y Lozano Meza, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. Un buen ejemplo de los intereses estadísticos del siglo XIX es Antonio García Cubas, “Informe sobre el estado actual de la Estadística nacional”.

la geografía en esa época, aunque, al menos a mediados de siglo, el significado de la geografía era muy específico para los miembros de la SMGE y el gobierno federal: la creación de un mapa nacional de la República.¹⁰ ¿Por qué el énfasis en un mapa nacional? No cabe duda de que había consideraciones muy prácticas en cuanto a la forma de gobernar, sobre todo en los primeros años de la República. Sin un mapa nacional confiable, el nuevo gobierno difícilmente podría comenzar a concebir –ya no digamos llevar a cabo– cualquier reorganización política del territorio. Esto resultaría una fuente constante de interés en las recurrentes reconstrucciones territoriales de las divisiones político-territoriales del país hechas por federalistas y centralistas, quienes tenían sus respectivas geografías político-administrativas.¹¹ Un mapa nacional también podía resultar útil en la guerra contra el caos fiscal, la fragmentación administrativa y la política regional, puesto que un mapa maestro podría compilar e incorporar una diversidad de información estadística local y regional y mapas.¹² Tal vez de mayor importancia sería un mapa nacional de precisión geográfica y topográfica que mejorara la incipiente capacidad militar del Estado en tiempos de incertidumbre internacional y nacional, al menos en lo referente a la macrocoordinación requerida para la defensa nacional. Así, durante la década de 1820 el gobierno creó una nueva carrera de ingeniería geográfica, designó a hombres para “viajar por todo el territorio y formar su estadística y carta geográfica”, y compuso un mapa nacional a partir de los restos de la colección de imágenes creadas por la armada española para la defensa de la Nueva España.¹³

¹⁰ Sobre la obsesión de la SMGE de contar con un mapa nacional, véase Lozano Meza, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 125-126.

¹¹ Véase O’Gorman, *Historia de las divisiones territoriales*; McGowan, *Geografía político-administrativa de la Reforma*; San Juan Victoria y Velázquez Ramírez, “La formación del Estado y las políticas económicas (1821-1880)”, y Jiménez Mora, *El proyecto de división territorial de Manuel Orozco y Berra*.

¹² Sobre la abundancia y precisión de los mapas del gobierno, véase Moral, “Condiciones del trabajo geográfico”. Véase también Orozco y Berra, *Apuntes*, y Anna, *Forging Mexico*, 100.

¹³ Véase Mendoza Vargas, “Las opciones geográficas”. El texto citado es de Moral, “Condiciones del trabajo geográfico”, 3.

Tales consideraciones proporcionan una explicación inicial, pero no completa, para la persistente aspiración a una carta general, sobre todo a medida que pasaron los años. El hecho es que los mapas nacionales eran de una escala tan pequeña que su valor instrumental suele ser mínimo. Una expedición militar enviada a aplastar una rebelión rural o rechazar una invasión extranjera en la mesa central no encontraría nada de gran valor en un mapa del país completo. El trazado de rutas y la planeación de tácticas requieren de los mapas topográficos a gran escala producidos por los ingenieros militares en cuidadosos recorridos de medición por el campo, entonces llamados itinerarios, y no los panoramas políticos y geográficos de pequeña escala de una carta general construida a partir de una compilación de fuentes. Asimismo, los esfuerzos de desarrollo, como la construcción de ferrocarriles que vincularían las economías y políticas regionales a un aparato central, exigían ante todo mapas regionales y locales de diversos tipos.

Sin embargo, hasta la década de 1860, la SMGE financiada con fondos federales, así como sus encarnaciones anteriores, seguía dedicando prácticamente toda su energía a la creación de una carta general que fuera una “expresión fiel del terreno que represente”.¹⁴ ¿Por qué? Un mapa nacional tenía tanto poder iconográfico como instrumental. En primer lugar, un mapa nacional cumpliría la función más básica de definir un espacio delimitado en el que una elite postimperial recién surgida pudiera proponerse afirmar su poder, confirmar su estatus continuo y legitimar sus derechos a gobernar y, en efecto, a representar.¹⁵ Además, un mapa nacional afirmaba simbólicamente la realidad política de una entidad cuya existencia misma estaba cada vez más en cuestión en ese tiempo, un Estado-nación mexicano unificado y soberano. Las rebeliones en los territorios del norte, la separación de Texas y luego de Yucatán, y los conflictos regionales se conjugaron confundiendo cualquier pensamiento reconfortante de un espacio nacional

¹⁴ Actas de la Comisión de Estadística Militar, 27 de octubre de 1839, citado en Mendoza Vargas, “Historia de la geografía”, 57.

¹⁵ Sobre la forma en que la política y la poética se complementan en el verbo activo “representar”, véase Comaroff y Comaroff, *Of revelation and revolution*, 1:15, y Agnew, *Worlds apart*, 102.

unificado y reanimaron insistentemente al fantasma de una completa desintegración nacional. Un mapa nacional rechazaba estas realidades perturbadoras afirmando visualmente lo que supuestamente ya existía: después de todo, si un mapa fuera meramente un reflejo mimético de una realidad objetiva, un mapa nacional suponía por definición la existencia de la propia nación.¹⁶ El proceso precario aún y sin resolverse de la construcción de un México independiente se presentaría autorizadamente terminado, concluido y confirmado. Un mapa a escala de un Estado-nación, que ampliara el espejismo ideológico de neutralidad mediante la aplicación de principios matemáticos objetivos en la construcción de un mapa, presentaría una argumentación que empezaría a partir de la conclusión deseada, sirviendo como modelo *para*, en vez *de*, lo que pretendía representar.¹⁷

Tan sólo delinear dónde terminaba México y empezaban otras naciones podía ser significativo en un tiempo en que las fronteras establecidas y la cohesión territorial se consideraban, de manera cada vez más generalizada, rasgos integrales del Estado-nación moderno.¹⁸ Efectivamente, el predominio de la territorialidad como la base del control y la identidad modernos aseguraron un lugar preeminente en el repertorio nacionalista a la ciencia geográfica y su medio primario, el mapa. Esto fue precisamente lo que ocurrió en la década de 1840. El alarde predatorio del vecino septentrional de México, con su ardiente fe en el Destino Manifiesto, dejaba poco espacio o tiempo para lo que un autor atinadamente llamó “dolores de crecimiento”.¹⁹ A tono con sus convicciones continentalistas, y ofreciendo mayores pruebas del poder de la imaginación geográfica de la época, las autoridades estadounidenses se

¹⁶ Pueden encontrarse críticas del poder y la persistente noción de que los mapas no hacen más que reflejar una realidad espacial, en los diversos estudios de J. B. Harley reunidos bajo el título *The new nature of maps*.

¹⁷ Véase la sofisticada discusión en Thongchai, *Siam mapped*, en particular el segundo capítulo. Sobre los signos como predicciones, véase Rama, *The lettered city*.

¹⁸ Al aumentar el papel de la coherencia territorial en la definición del Estado-nación moderno, véase Hobsbawm, *Nations and nationalism since 1870*; Maier, “Consigning the twentieth century to history”, y Sahlins, *Boundaries*.

¹⁹ Archer, “Discord, disjunction, and reveries of past and future glories”, 192.

apoyaron en un tipo de determinismo geográfico para justificar sus pretensiones imperiales.²⁰ En 1823, John Quincy Adams equiparó la proximidad geográfica con la providencia histórica al promulgar su política conocida como “la manzana madura”, en la que argumentaba que Cuba y Puerto Rico eran “apéndices naturales del continente norteamericano”, destinados a caer bajo el control estadounidense una vez que prevalecieran las condiciones adecuadas.²¹ En 1825, el secretario de Estado de los Estados Unidos, Henry Clay, llevó ese determinismo geográfico a un extremo audaz sugiriendo a las autoridades mexicanas que la cesión de los territorios septentrionales de México de hecho beneficiaría al país al centralizar geográficamente su capital.²² Hacia 1844, el empresario y demócrata John O’Sullivan pudo afirmar tranquilamente que cualquiera “que lanzara un vistazo al mapa de Norteamérica” podría ver que Texas era “un fragmento enorme, artificialmente quebrado” del continente al que naturalmente pertenecía”.²³ Tenía pocos motivos de preocupación: la Naturaleza y la Nación pronto se unieron.

La importancia de la carta general cobró un significado dramático con la guerra entre México y Estados Unidos. Mientras países como Estados Unidos, Inglaterra, España y Francia alcanzaron un alto grado de autodefinición mediante la expansión imperial, la urgente necesidad de México de construirse y presentarse como un Estado-nación soberano e independiente surgió ante la invasión y la percepción de impotencia.²⁴ García Cubas lo planteó trágicamente en su relación del Armisticio de 1847: “Nuestra historia está escrita con sólo decir que México y los Estados Unidos son vecinos. A lo menos Francia y la Inglaterra están separadas por el Canal de la Mancha; entre nuestra nación

²⁰ Sobre el determinismo geográfico y el imperialismo estadounidense, véase Craib y Burnett, “Insular visions”. Se encuentran panoramas sucintos de la política estadounidense hacia México durante este periodo en Zoraida Vázquez y Meyer, *México frente a Estados Unidos*, especialmente en los capítulos 2 y 3, y Schoultz, *Beneath the United States*, cap. 2.

²¹ Citado en Sellers, *The market revolution*, 100. También véase Craib y Burnett, “Insular visions”.

²² Citado en Meinig, *The shaping of America*, 2:135.

²³ O’Sullivan, “The Texas question”, 424-425.

²⁴ Véase Riva Palacio, ed., *México a través de los siglos*, introducción al v. 5.

y la vecina no existe otro lindero que una simple línea matemática [...]. ¡Dios salve a la República!²⁵ En 1848, los miembros de la Comisión de Estadística Militar señalaron la persistente amenaza meses después del armisticio, cuando preguntaron retóricamente: “¿Cómo se sabrá apreciar la extensión de su territorio, ni consultar a la defensa de él, sin la formación de la carta general y particular de cada estado y de cada territorio?”²⁶

En estas circunstancias nada propicias, el nuevo mapa nacional de la SMGE, terminado a toda prisa después de la guerra y durante las fases iniciales de la demarcación de las fronteras, apareció en 1850.²⁷ Además de una rica información estadística y cuadros comparativos, incluía una elaboración visual del territorio perdido con el Tratado de Guadalupe Hidalgo, así como la demarcación de los nuevos límites internacionales entre México y los Estados Unidos. Reflejo del creciente predominio de lo visual en el siglo XIX, la imagen provocó una expresión de amargura en el general Santa Anna, quien por vez primera pudo realmente aprehender la magnitud del territorio que México había perdido.²⁸ El mapa nunca fue publicado debido a la precaria situación financiera del gobierno después de la guerra. Los miembros de la Comisión y la Sociedad buscaron editores en los Estados Unidos e Inglaterra, pero no encontraron precios más adecuados que en México.²⁹ En consecuencia, en 1851 un viajero procedente del extranjero aún podía prevenir a otros: “[N]o hay un mapa completo del territorio que pueda ser confiable”.³⁰

La necesidad de un mapa nacional hecho en México, publicado y en circulación se acentuó más aún cuando, en 1854, México perdió otra porción de sus territorios reclamados debido en parte a un mapa estadounidense defectuoso. El artículo 5 del Tratado de Guadalupe Hidalgo

²⁵ Citado en Collado, “Antonio García Cubas”, 443.

²⁶ Cita de Mendoza Vargas, “Historia de la geografía”, 55.

²⁷ *Carta general de la República Mexicana formada por la Sección de Geografía de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, con vista de la que arregló la misma sección en el año anterior y demás datos adquiridos posteriormente.*

²⁸ García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, 452.

²⁹ Lozano Meza, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, cap. 2.

³⁰ Mayer, *Mexico*, 2:9.

estipulaba que se usara el *Mapa de los Estados Unidos de Méjico* de 1846, de John Disturnell, para establecer la línea fronteriza entre ambas naciones.³¹ Sin embargo, se detectaron algunos defectos en el mapa sobre la ubicación de El Paso y el curso del río Grande que ayudaron a justificar nuevas reclamaciones territoriales de los Estados Unidos, las cuales culminaron con la venta de La Mesilla (la compra de Gadsden de 1853-1854).³² Dejando de lado el papel desempeñado por el general Antonio López de Santa Anna y otros en la política de la venta, las autoridades y los intelectuales mexicanos estaban convencidos de que México necesitaba un mapa nacional preciso e internacionalmente aceptado producido internamente, publicado y en circulación.³³

Pero, ¿bastaría solamente con delinear la extensión territorial de la nación? En 1847, Otero observó que era inútil señalar que la república mexicana poseía un inmenso territorio de más de 1 964 375 km² si carecía de un “espíritu nacional”.³⁴ Después de la guerra, una nueva carta general, elaborada por García Cubas, prestaría una imagen iconográfica a los nuevos parámetros del Estado y llenaría ese territorio con los fantasmas del pasado, creando en el proceso una imagen de un solo espíritu nacional.

Naturalización

Poco después de la guerra contra Estados Unidos, Antonio García Cubas (1832-1912) se convirtió en uno de los geógrafos y cartógrafos más

³¹ “Map of the United Mexican States, as organized and defined by various acts of the Congress of said republic, and constructed according to the best authorities. Revised edition. Published in New York, in 1847, by J. Disturnell.” Véase *Tratado de paz, amistad y límites*, 7-8.

³² Meinig, *The shaping of America*, 2:152. Todo se complicó aún más por el hecho de que las diferentes ediciones del mapa de Disturnell se anexaron a las versiones estadounidense y mexicana del tratado. Sobre la delimitación cartográfica de la frontera, véase Rebert, *La Gran Línea*, y Tamayo P. de Ham, *La geografía*.

³³ Sobre los continuos esfuerzos por publicar la carta general de la Comisión, véase Lozano Meza, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, cap. 2; y Olavarría y Ferrari, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 77-80.

³⁴ Cita de Robinson, ed. y trad., *The view from Chapultepec*, 29-30. También véase Otero, *Ensayo sobre el verdadero estado*.

destacados de México. Comenzó su carrera en las oficinas del Ministerio de Colonización e Industria, al mismo tiempo que estudiaba ingeniería en el Colegio Nacional de Minería. Limitado por los aprietos financieros de su madre viuda, se tardó más tiempo de lo normal en terminar sus estudios, y al fin logró graduarse en 1865. Mientras trabajaba diligentemente en diversos proyectos cartográficos y geográficos, pasaba sus tardes y noches libres en la biblioteca de la SMGE y en las colecciones privadas de varios de sus miembros.

Los corredores de la SMGE y las páginas de su *Boletín* pusieron a García Cubas en contacto con dos generaciones de intelectuales –tanto conservadores como liberales– que continuaban una larga tradición de estudios científicos en México. La Comisión de Estadística Militar había estado integrada en su mayor parte por militares de alto rango, como Pedro García Conde, Mariano Arista, Juan Almonte y Juan Velázquez de León; pero sólo a principios de la década de 1850 la recién nombrada sociedad comenzó a incorporar a una serie de científicos e intelectuales civiles acomodados de la ciudad de México, muchos de ellos formados en el Colegio Nacional de Minería. Fueran militares o civiles, los miembros de la Sociedad constituían una sola comunidad científica: frecuentaban las mismas reuniones literarias y científicas, tiendas, teatros y cafés, y vivían bastante cerca unos de otros en las inmediaciones del Zócalo.³⁵ Muchos de ellos habían vivido la guerra de Independencia y todos, evidentemente, habían experimentado la humillante derrota de 1848. A consecuencia de esta experiencia en particular, y sin consideración de su bandera política, tenían, pues, otra cosa en común: un persistente interés en las ciencias (sobre todo en la geografía y la estadística, pero también cada vez más en la etnografía, la lingüística y la historia) como empresas utilitarias cruciales para la formación de un Estado-nación integral.³⁶

Así, llenaron las páginas del *Boletín* de la Sociedad con estudios de primera importancia para representar y allanar el camino a un gobierno estable. Los colaboradores del *Boletín* no sólo produjeron una serie de

³⁵ Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad*, cap. 3.

³⁶ *Idem*, y Lozano Meza, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, cap. 2.

tratados estadísticos, sino también estudios sobre la medición de caminos y distancias, la normatividad de pesos y medidas, la historia precolombina, colonial y contemporánea, las lenguas indígenas, las representaciones cartográficas regionales y locales, y los sitios arqueológicos así como recomendaciones para protegerlos. Ésta fue, pues, la Sociedad a la que fue introducido García Cubas en 1856 por un miembro honorario a la precoz edad de veinticuatro años: una institución financiada por la federación compuesta por algunos de los oficiales más destacados del ejército mexicano y hombres de letras civiles que concebían la geografía, la estadística y la historia como ciencias utilitarias cuyo valor se debía a sus contribuciones a la formación del Estado mexicano.

García Cubas, cuya amistad pronto fue cultivada por Orozco y Berra y el historiador José Fernando Ramírez, prosperó. Antes de que acabara la década, sería ampliamente considerado como uno de los mejores cartógrafos y geógrafos de México, a la par de su mentor de mayor edad, Orozco y Berra. En los años siguientes, sus mapas y atlas pictórico-descriptivos constituyeron las imágenes más importantes y mejor conocidas del Estado-nación mexicano, antes de la publicación de los mapas de la Comisión Geográfico-Exploradora en la última década del siglo. Adornaban los salones del poder de la ciudad de México y colgaban de las paredes de los salones de clase, ilustraban las páginas de las historias nacionales, así como los varios tomos de *México a través de los siglos* (1887-1889), y se exportaban a países extranjeros, donde tenían un gran prestigio como fuentes autorizadas para los editores de guías de viajes.³⁷ También escribió numerosos libros “de promoción”, concebidos para dar a conocer a México en el extranjero como un lugar para ser colonizado física y económicamente, y una serie de textos de geografía para las escuelas mexicanas.³⁸

³⁷ Véase, por ejemplo, Conkling, *Appleton's guide to Mexico*, 101; y Janvier, *The Mexican guide*.

³⁸ Véase, por ejemplo, García Cubas, *The Republic of Mexico in 1876*; García Cubas, *Mexico*, y García Cubas, *Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo e histórico*. También hizo juegos cartográficos para niños como *Los insurgentes: juego histórico para niños* (1891), un juego sobre la guerra de Independencia en México en el que los niños seguían las rutas de los generales insurgentes sobre la superficie

La obra que lanzó a García Cubas a la fama en los círculos gubernamentales y la sociedad fue su carta general de 1857. En julio de 1856, García Cubas mostró a uno de los miembros de la Sociedad un mapa nacional que había hecho basándose en la consulta de mapas y atlas diversos.³⁹ Al parecer, los miembros de la Sociedad quedaron maravillados, y cuando poco después García Cubas publicó la carta general, fue muy aclamada.⁴⁰ Esta carta general se convirtió en el mapa nacional de México mejor conocido hasta bien avanzada la década siguiente y sirvió de base para la propia reorganización cartográfica de Orozco y Berra del paisaje político bajo el Imperio francés en 1865. Lo que aquí resulta de particular interés es la versión ligeramente modificada de esta carta general que García Cubas creó para su *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República Mexicana* de 1858 (figura 1).⁴¹

García Cubas produjo el atlas en parte para contribuir a los grandiosos proyectos de un régimen liberal en ascenso: la colonización, el desarrollo capitalista y la desamortización de las tierras de la Iglesia y de los indios. No obstante, el atlas y sobre todo la carta general modificada incluida en sus páginas también sirven como una representación ejemplar de una nueva sensibilidad nacionalista que surge de la guerra contra los Estados Unidos. Aquí, por primera vez, con una carta general se buscaba ofrecer no sólo una visión de la geografía de México –de su extensión territorial–, sino de su historia. En la superficie del mapa, historia y geografía se unen para componer a México como una entidad histórica y geográfica coherente, esto es, como un Estado-nación legítimo. En cierto sentido, las dos disciplinas se unieron en la propia concepción de la historia de García Cubas, que él entendía como

de un mapa de México. El mapa de este juego puede consultarse en The Nettie Lee Benson Latin American Library, Universidad de Texas en Austin.

³⁹ Mendoza Vargas, “Las opciones geográficas”, 104-105.

⁴⁰ *Carta general de la República Mexicana*. Sobre la acogida que tuvo el mapa, así como sobre los comentarios de Orozco y Berra que abajo se discuten, véanse los del ministro de Desarrollo Blas Valcárcel y del destacado científico mexicano Francisco Díaz Covarrubias, citados por Olavarría y Ferrari en *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 99.

⁴¹ “Carta general en mayor escala”, en García Cubas, *Atlas geográfico, estadístico e histórico*.



Figura 1. México metafísico: Antonio García Cubas, *Carta general de la República Mexicana*, 1858. Cortesía de la Mapoteca Manuel Orozco y Berra, México, D. F. Fotografía de Carmen H. Piña

una empresa geográficamente descriptiva cuyo objetivo era discernir la forma en que el país había literalmente tomado forma. Sus mapas y atlas eran genealogías del territorio y narraban una especie de historia de la propiedad en la que la existencia histórica del Estado-nación se presentaba como algo dado y sencillamente se relataba una historia de “su” territorio. De ahí su inclusión en el atlas de una larga genealogía política que rastrea los orígenes político-históricos del México contemporáneo al menos hasta el siglo XVII y el reino de los toltecas. Y de ahí la dedicación de un espacio generoso, en su *Atlas geográfico*,

estadístico e histórico de la República Mexicana, a la guerra mexicano-americana (que concluyó con una enorme amputación territorial del país) y la reducción a unos cuantos párrafos del espacio dedicado a la Intervención Francesa (que no acabó con pérdidas territoriales).⁴² Pero la historia y la geografía se unían de otras maneras en su carta general, en particular mediante una cuidadosa mezcla de imágenes científicas y artísticas.

Para comprender cómo compuso la obra, comienzo con el método cartográfico de García Cubas. ¿Qué significaba ser cartógrafo en México a mediados del siglo XIX? Cualquier imagen de un explorador solitario deslizándose entre la maleza y enjugándose el sudor de la frente, librando batallas contra nubes de insectos mientras se doblaba bajo el peso de sus costosos instrumentos se apartaría mucho de la realidad. García Cubas hizo muy poco trabajo de campo o de agrimensura para elaborar sus mapas. Aparte de su mapa histórico de la batalla del Cinco de Mayo, para el cual viajó a Puebla y recorrió el campo de batalla, todos sus mapas parecen haber sido elaborados en su oficina de la ciudad de México.⁴³ La prensa citadina de oposición destacó precisamente este punto, ridiculizando al distinguido cartógrafo con una rima: “Sin hacer ninguna etapa / ni moverse ni un segundo / él conoce todo el mundo / por lo menos en el mapa”.⁴⁴ Sólo ellos entendieron la concepción artificial de la realidad presentada por aquellos que aprehendían el mundo desde la comodidad de un salón metropolitano.

García Cubas ha de haberse sorprendido ante su burla. En cierto sentido era sencillo: no era un agrimensor. Ser un confeccionista de mapas en el México decimonónico significaba compilar imágenes y

⁴² Véase el astuto análisis de Collado, “Antonio García Cubas”. En 1861, las tropas de Napoleón III, emperador de Francia, ocuparon el puerto de Veracruz. Marcharon tierra adentro y tras dos años de combates tomaron la ciudad de México. Con el apoyo de los conservadores mexicanos, Napoleón III instauró a Maximiliano, el archiduque de la casa austriaca de los Habsburgo, como el monarca de México. Maximiliano gobernó hasta que fue ejecutado y los franceses expulsados por las tropas del dirigente liberal Benito Juárez en 1867.

⁴³ Véase García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, 395; De P. Piña, “Importancia de los trabajos geográficos e históricos”.

⁴⁴ Cita de Tenorio-Trillo, *Mexico at the World's Fairs*, 174-175.

trazarlas en una superficie matemáticamente ordenada, una tarea adecuada para una oficina y no para el campo. Efectivamente, García Cubas proclamaba orgullosamente que sus mapas no se basaban en su propio trabajo de campo, sino en la “información más reciente y confiable” reunida entre los gobiernos estatales y municipales. El proceso implicaba reunir los mapas y luego compararlos. Era un proyecto racional, y no empírico, basado en la razón y la deducción, no en la experiencia y la exploración. El supuesto del que partían era que mediante la comparación cuidadosa podían unificarse los mapas regionales y nacionales, podían determinarse puntos y corregirse las relaciones geográficas. Aquí se reflejaba no sólo una falta de personal y dinero para conducir grandes mediciones triangulares, sino también una fe en (y una fascinación con) las formas enciclopédicas de la construcción del conocimiento común en esa época. Cuando Orozco y Berra comenzó su obra en varios tomos –el *Diccionario universal de historia y geografía*– en 1853, orgullosamente escribió que su trabajo era de “compilación y no de creación”.⁴⁵ La primera carta general de 1850 incluía una declaración de autenticidad en la que se estipulaba que, para la elaboración del mapa, los cartógrafos habían reunido cerca de trescientos mapas del territorio. García Cubas promovía su propia carta general únicamente como el producto de un cuidadoso análisis comparativo de “los mapas más exactos” de los que disponía en ese tiempo.

Dejando de lado la cantidad o calidad de los mapas consultados, la compilación de mapas adolecía de una tensión irresoluble: si los mapas anteriores habían sido incorrectos e imprecisos, ¿qué seguridad había de que el mapa a cuya elaboración habían contribuido aquéllos no adolecería de problemas similares? No la había. Una crítica contemporánea de Orozco y Berra a la carta general de García Cubas observaba

⁴⁵ Cita de Pérez Rosales, “Manuel Orozco y Berra”, 367. Este tipo de fetichismos enciclopédicos reflejan una fe más general de los decimonónicos en la supuesta unidad y totalidad del conocimiento y la capacidad de la humanidad de lograr un conocimiento completo y pleno de la realidad física. Véase una sugerente perspectiva literaria en el análisis de Richards, *The Imperial Archive*.

que “la obra es [...] de simple compilación; no es perfecta y aún muestra considerables errores”.⁴⁶ Sin embargo, proseguía,

el mérito indisputable de García Cubas consiste en reunir los mejores planos existentes, coordinarlos y darlos a la luz, llevando a cabo por primera vez una empresa que había sido imposible para la Sociedad de Geografía, y que a pesar de los defectos que se le supongan es hasta hoy la única de su género, habiendo llenado un gran vacío en la ciencia geográfica de nuestra Patria.⁴⁷

Como lo sugiere aquí el autor, el éxito de García Cubas provenía de la compilación de los “mejores planos existentes” en un todo coordinado, coherente. Con un acto de centralización simbólica, obtuvo su prestigio no como resultado de una serie de mediciones de campo exhaustivas y cuidadosas, ni tampoco necesariamente de la corrección de mapas anteriores, sino de la unificación de mapas regionales dispares en un todo único y vinculado. El efecto visual minimizaba la variación y la ruptura, ofreciendo a cambio una unidad proyectada conocida como el Estado-nación. El éxito de la imagen y su legitimidad internacional se debió también al hecho de que García Cubas no sólo reunió una diversidad de mapas existentes, sino que también los “coordinó”, como lo revela la feliz elección de Orozco y Berra del término: esto es, puso las imágenes en relación con las coordenadas al sobreponer una graticula –la red de paralelos y meridianos imaginarios que envuelven el globo y que juntos proporcionan las coordenadas geográficas– al material reunido. Dentro de la graticula, García Cubas dio por primera vez a México una posición en relación con el meridiano de Greenwich, al mismo tiempo que señaló como referencia el punto más oriental de la catedral situada en la plaza central de la ciudad de México, meridiano tradicional para los mapas mexicanos.⁴⁸ Así llevó a México a la consonancia cartográfica con los que entonces se consideraban los iconos de la civilización avanzada, dándole una sensibilidad espacial “moderna”.

⁴⁶ Orozco y Berra, *Apuntes*, 424.

⁴⁷ *Idem*.

⁴⁸ Agradezco a Héctor Mendoza Vargas haberme señalado este punto.

Pero el uso que dio García Cubas a la gráticula superó el simple acto de asegurarse de que sus coordenadas estaban internacionalmente coordinadas. Si bien el concepto de la gráticula tiene una historia, la gráticula *misma* es estrictamente ahistórica en términos de lo que delinea: es, en teoría, un reflejo de un orden matemáticamente derivado, que a su vez es, supuestamente, espejo del orden natural del universo.⁴⁹ En otras palabras, es algo no creado sino descubierto de acuerdo con las reglas formales de la lógica matemática. La ubicación de México en esta matriz atemporal hace una aseveración similar sutil y transhistórica: fue una nación descubierta y no creada. Estructurado por la gráticula, el Estado-nación se presentaba como una realidad objetiva, que existía desde antes su propia exploración. Al haber sido predicha su existencia física mediante las coordenadas globales, todo lo que restaba era representar mejor sus dimensiones y composición interna, un proceso garantizado por una firme convicción en el progreso científico.⁵⁰ Efectivamente, García Cubas naturalizó científicamente el Estado-nación mexicano mediante el medio visual del mapa.

Visualización

Un territorio reticulado, científicamente naturalizado, no hizo a México. Es verdad que la gráticula predijo y estructuró un espacio dado, pero no reveló un lugar.⁵¹ Para hacer de México una realidad tangible, la superficie científicamente derivada requería vincularse a un panorama visual.⁵² Así, acompañando a la gráticula, cuidadosamente colocadas

⁴⁹ De ahí la afirmación de Galileo de que el universo puede entenderse como un “gran libro [...] escrito en el lenguaje de las matemáticas” (citado por Rotman, “The technology of mathematical persuasion”, 55).

⁵⁰ Pueden encontrarse perspectivas comparadas sobre la relación entre las gráticulas cartográficas y la imaginación espacial en Thongchai, *Siam mapped*; Carter, *The lie of the land*; Burnett, *Masters of all they surveyed*, y Hillis, “The power of the disembodied imagination”.

⁵¹ Sobre la distinción entre “espacio” y “lugar”, véase la introducción.

⁵² Mi forma de pensar sobre la relación entre los puntos reticulados y la representación pictórica se debe a la cuidadosa discusión de Burnett en *Masters of all they surveyed*, especialmente el cap. 3.

a modo de no predominar sobre la superficie cuadrículada ni confundirse con ella, se presentaban imágenes artísticas que proporcionaban un ancla visual, histórica y espacial a los puntos reticulados del trazo abstracto.⁵³ Estas imágenes complementaban y amplificaban visualmente las coordenadas que cubrían y conectaban el México cartográfico. Daban a la imagen científica una profundidad estética e histórica, infundían una mitología fundacional en la metodología moderna y reconciliaban la persistente tensión nacionalista del siglo XIX entre modernidad y autenticidad.

A la derecha de la lámina, García Cubas reprodujo varias imágenes populares de sitios arqueológicos: Palenque, pirámide de Papantla, Mitla y Uxmal (figura 2). Las imágenes indican que para mediados del siglo XIX el pasado precolombino era un recurso cada vez más utilizado para mejorar la imagen nacional de México. Ciertamente, no fue ésta la indigenomanía del México porfiriano, que llevó a las autoridades del Estado a presentar palacios aztecas en las exposiciones mundiales, a inaugurar estatuas de héroes aztecas como Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma de la ciudad de México y a dedicar a la era prehispánica un volumen completo de *México a través de los siglos*, la ambiciosa síntesis del pasado de México.⁵⁴ Este tipo de indigenomanía azteca aún era incipiente en la década de 1850 y 1860. Tras la publicación del mapa de García Cubas pasarían otras dos décadas antes de que las tierras en las que se erguían los propios monumentos arqueológicos que él pintó fueran siquiera protegidas para evitar su enajenación o venta, y antes de que se fundara una oficina de Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos de la República.⁵⁵ Sin embargo,

⁵³ He tomado el término “ancla espacial” de Basso, *Wisdom sits in places*, y lo he adaptado a mis propósitos.

⁵⁴ Riva Palacio, ed., *México a través de los siglos*, especialmente el volumen 1 de Alfredo Chavero. Sobre las diversas formas de autorrepresentación, véase Tenorio-Trillo, *Mexico at the World's Fairs*; en relación con la estatua de Cuauhtémoc, véase Tenenbaum, “Streetwise history”. Véase el cambiante contexto político e intelectual de estas concepciones en Hale, *Liberalism in the age of Mora*, especialmente el cap. 7, y Hale, *The transformation of liberalism*.

⁵⁵ Sobre la exención de enajenación y venta de las tierras con monumentos, véase la circular enviada en 1877 a todos los gobernadores de estado por la Secretaría de Fomento, Colonización, Industria y Comercio. Reimpreso por el gobierno

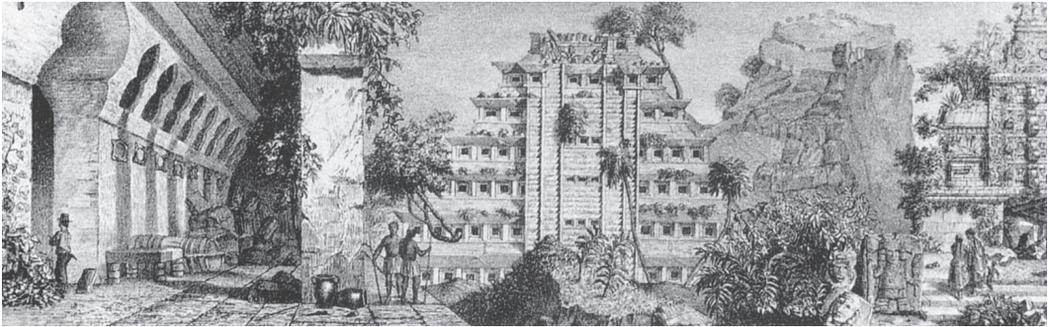


Figura 2. El paisaje originario: detalle de García Cubas, *Carta general*. Cortesía de la Matoteca Manuel Orozco y Berra, México, D. F. Fotografía de Carmen H. Piña

tampoco era éste el México de 1830, caracterizado por una “indiferencia general a la herencia indígena de México”, donde el comentario más conspicuo sobre los indios en los escritos de la elite es su completa ausencia.⁵⁶ Para los años de 1850, los artículos sobre la sociedad, historia, arqueología y hasta la cartografía precolombina comenzaron a aparecer regularmente en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*.⁵⁷ Un editorialista observa en 1850 que los escritores extranjeros no sólo presentaban una visión distorsionada de México al concentrarse sólo en su historia reciente; también ignoraban los logros culturales de los predecesores directos de los mexicanos contemporáneos, que tenían derecho de “ser considerados el pueblo más culto que los españoles encontraron en el Nuevo Mundo”.⁵⁸ Mientras tanto, los intelectuales de la SMGE se apoyaban en la perspectiva de Clavijero y de Teresa de Mier para apropiarse de un pasado indígena generalizado como precedente y prioridad históricos.

de Veracruz como Circular 25, 5 de octubre de 1877, en *CLEV-1876-78*, 146-147. Sobre el oficio de *Inspección*, véase Tenorio-Trillo, *Mexico at the World's Fairs*, 84-89.

⁵⁶ Hale, *Liberalism in the age of Mora*, 217.

⁵⁷ Para 1860, los miembros de la SMGE discutían qué sitios arqueológicos debían ser declarados propiedad del gobierno federal. Véase “Dictamen presentado a la Sociedad de Geografía y Estadística por la comisión especial”, y Romero Ramírez, “Proyecto de ley relativo a la conservación de monumentos arqueológicos”. También véase Orozco y Berra, *Materiales para una cartografía mexicana*.

⁵⁸ Citado en Keen, *The Aztec image in Western thought*, 412.

Las imágenes de García Cubas forman parte de este momento. Si bien los nahuas alcanzarían una posición cada vez más destacada en el pedestal de los ancestros, varios grupos indígenas sedentarios que habían habitado el territorio comprendido dentro de los límites mexicanos de la época –como los mayas, los tarascos y los zapotecas– eran incluidos en el panteón del patrimonio mexicano. Marcando un fuerte contraste, los grupos no sedentarios, como los apaches y los comanches, desde sus reinos ahora predeterminados como periféricos, eran considerados enemigos traicioneros del Estado en formación. Orozco y Berra y García Cubas proyectaban ambos a los indios de la meseta central como pueblos sedentarios que vivían el romance agrario, defensores de la civilización y el progreso de las incursiones de los “pérfidos, traidores y crueles” integrantes de las tribus del norte.⁵⁹ Los no sedentarios eran tribus vagabundas, no civilizaciones: carecían de ruinas o rastros supervivientes que lo hicieran a uno viajar al pasado y no había arraigo para satisfacer la nostalgia del origen, así que los presentaban como si no tuvieran una historia que contar. Una narración nacionalista del paso del tiempo sólo podía empezar considerando una permanencia en el espacio. Establecer una conexión entre el México contemporáneo con una variedad de pasados indígenas sedentarios lo representaban como una entidad territorial presuntamente unificada de longevidad histórica con una tradición estadista, dotando de un linaje histórico a las propias tendencias centralizadoras del gobierno. Las imágenes de sitios arqueológicos dispares, como los de la imagen aquí reproducida, eran parte de una “tradición selectiva” creada mediante una vinculación mutuamente reforzada de veracidad histórica y prioridad geográfica.⁶⁰

⁵⁹ Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*; y García Cubas, *Étude géographique, statistique, descriptive et historique*, citado en Tenorio-Trillo, *Mexico at the World's Fairs*, 89. Sobre el trabajo de Orozco y Berra, véase la útil discusión de Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 149-168. No es de sorprender que los intelectuales mexicanos se afanaran estudiando el náhuatl, el tarasco y el mixteco, y dejaran los idiomas athapaskanos de la frontera norte a los intelectuales extranjeros. Véanse, por ejemplo, los amplios estudios de los idiomas athapaskanos de Johann Karl Eduard Buschmann (1805-1880) durante las décadas de 1850 y 1860.

⁶⁰ Raymond Williams acuñó la frase “tradición selectiva” para referirse a “una versión intencionalmente selectiva de un pasado formador y un presente

Las imágenes también elevaban el capital cultural de México en un mundo cada vez más exótico, a la vez que distraían la atención de la realidad del indio contemporáneo, una cuestión problemática para liberales y conservadores por igual. Los indios contemporáneos conjuraban imágenes de guerras de castas y herencias coloniales y eran ampliamente considerados como un “problema” al que liberales y conservadores dieron diversas soluciones: la abolición de la tenencia comunal de la tierra, su incorporación política como ciudadanos nacionales o la “asimilación” mediante la inmigración europea y el “blanqueamiento”. El conservador Francisco Pimentel lamentaba que “en México no hay analogía entre los blancos y los indios; todo es diferente, el aspecto físico, el idioma, las costumbres, el estado de civilización. En México hay dos pueblos diferentes en un mismo terreno, y lo que es peor, dos pueblos hasta cierto punto enemigos”.⁶¹ Una contraparte liberal expresó preocupaciones similares al decir que los indios contemporáneos no eran mexicanos, pues “aún conservan su propia nacionalidad, protegida por la familia y el idioma”.⁶² La prensa nacional a veces podía ser más directa: según un editorial en *El Monitor Republicano*, las opciones eran “exterminarla o civilizarla y mezclarla con las otras [razas]”.⁶³ Quizá sea fácil caricaturizar estas perspectivas y exagerar hasta qué punto los pensadores del XIX denigraban a los indígenas de su propia época, pero también resulta claro desde su propia producción intelectual que sólo los indios antiguos eran merecedores de crédito y reconocimiento.

Éste precisamente es el efecto de la imagen: los énfasis arqueológicos glorificaban la cultura indígena desde una distancia temporal, convirtiendo a los indios en objetos inanimados de historia natural y artefactos para la contemplación.⁶⁴ Las cabezas derribadas, la selva

preformado, que entonces cobra un gran poder operativo en el proceso de la definición e identificación social y cultural”. Williams, *Marxism and literature*, 115. Véase un sugerente entrelazamiento de la relación entre el sedentarismo, el Estado y la historia en Deleuze y Guattari, *A thousand plateaus*, especialmente el cap. 12.

⁶¹ Pimentel, *La economía política*, 185-186.

⁶² Ignacio Ramírez, citado en Brading, *The first America*, 661.

⁶³ Citado por Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*, 57n8.

⁶⁴ En este sentido, el discurso científico —la arqueología, la historia y el campo en desarrollo de la antropología— reconfirmaban la distinción entre el yo y el otro

invasora y las estructuras derruidas, todo sugiere el pasado, no el presente, llevando conscientemente la atención a lo primordial a la vez que se borra su amenaza. La inclusión en la imagen de lo que parecen ser turistas en el extremo izquierdo y el extremo derecho subraya el punto. Parados de perfil o de espaldas al observador, son participantes activos en la escena. En marcado contraste, los dos indios incluidos en la imagen son las partes inertes de la escena misma. Posicionados en primer plano y posando, con lanzas en la mano como si fuera un diorama, se presentan como guerreros románticos y orgullosos de una era pasada, impresionante pero impotente. Esta sutil mezcla de arqueología y etnografía simplemente confirmaba que el indio había sido reconstituido como un objeto de estudio histórico y no como un sujeto con voluntad política.⁶⁵ En otras palabras, como señala Mary Louise Pratt, la historia –y la cultura– indígena fue “revivida *muerta*”, resucitada con el fétido aliento de la arqueología.⁶⁶

García Cubas complementó este paisaje cultural con uno natural en la otra imagen pictórica del mapa (figura 3). En contraste con una tierra impenetrable y de vegetación desbordada que amenaza con tragarse las ruinas arqueológicas, aquí la naturaleza aparece acicalada casi a la perfección. Vemos siete rasgos topográficos prominentes –los órganos de Actopan, el Iztaccíhuatl, el Cofre de Perote, el Popocatepetl, las montañas de Jacal, el Pico de Orizaba y la Cascada de Regla– organizados como un panorama de la belleza del paisaje mexicano. Es preciso

que anteriormente había estado mediada por un sistema legal colonial que reconocía dos repúblicas independientes, la república de españoles y la república de indios. Véase González Echevarría, *Myth and archive*.

⁶⁵ Sobre la combinación de arqueología y etnografía, véase Wolfe, “History and imperialism”, 410.

⁶⁶ Pratt, *Imperial eyes*, 134. De manera similar, Luis Villoro observa que a mediados de siglo el indio ya no estaba presente, sino que se reducía a un bonito tema arqueológico. Villoro, *Los grandes momentos*, 161. Pratt se refiere específicamente a la “imaginación europea” y cómo produjo los pueblos contemporáneos no europeos como “sujetos arqueológicos”. Aunque no se refiera a europeos, creo que el concepto general se traslada bastante bien al México de fines del siglo XIX, en el que una imaginación europeizada revivía el pasado indígena tanto para su propia contemplación como para la de sus contrapartes europeas. También véase Widdifield, *The embodiment of the national*, especialmente el cap. 3.



Figura 3. El paisaje cronotópico: detalle de García Cubas, *Carta general*. Cortesía de la Mapoteca Manuel Orozco y Berra, México, D. F. Fotografía de Carmen H. Piña

enfatar que esto puede ser cualquier cosa menos un paisaje “natural”. Es una construcción cultural, una manera de ver y de ordenar activamente lo que este paisaje toma tanto de sus significados verbales como de los nominales.⁶⁷ De hecho, es en una escena imposible en la que García Cubas arroja rasgos geográficos de regiones espacialmente dispares en un solo marco y las arregla para obtener un efecto dramático: las imágenes del extremo izquierdo y el extremo derecho funcionan como los telones abiertos, llevando los ojos del observador a las piezas centrales de la representación, las cumbres idealizadas y nevadas. Se ofrece una simultaneidad de perspectiva en la que el espectador ve el Pico de Orizaba y las cimas del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl desde diferentes ubicaciones. La tierra aparece inusitadamente ordenada y organizada, y se ha eliminado cualquier rastro de presencia humana. A diferencia de la imagen anterior, aquí la presencia indígena sólo es

⁶⁷ Sobre el paisaje como una forma de ver, véanse las perspectivas críticas de Cosgrove, “Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea”, y Barthes, *mythologies*, esp. 74-77. En Schama, *Landscape and memory*, puede encontrarse una visión más celebratoria. Para otras perspectivas sobre la separación entre “naturaleza” y “cultura”, véase Glacken, *Traces on the Rhodian shore*; Smith, *Uneven development*, especialmente el cap. 1, y Coronil, *The magical State*, 1a. parte. “Forma de ver” procede del clásico de John Berger *Ways of seeing*. Sobre el entendimiento del paisaje (como sustantivo) y entender el paisaje (como verbo) en el ordenamiento geográfico del mundo, véase Barnes y Gregory, eds., *Reading human geography*, 292.

obvia por su ausencia. México aparece como una tierra para ser contemplada, donde se puede “admirar lo sublime de la naturaleza”, un tropo que García Cubas y otros heredaron de las propias visiones de México y sus paisajes de Alejandro de Humboldt.⁶⁸

Naturalmente, hay muchas formas de interpretar la imagen del paisaje. Podría argumentarse, quizá, que la imagen ayudó a promover a México como un prospecto ideal para posibles colonizadores e inversionistas, familiarizando a los observadores extranjeros con el país y presentándolo como una arcadia intacta de vastas proporciones, pleotórica de tierras disponibles para el cultivo y agua para riego. En una época en que se fomentaba cada vez más la inmigración (de blancos) que se establecieron en las regiones del país con baja densidad de población, tendencia que tuvo fuertes resonancias en la década siguiente en las obras de personajes como Francisco Pimentel y Antonio García Cubas, la armonía visual de la imagen tal vez haya contribuido a proyectar la imagen de México como “uno de los países más atractivos en el mundo para la colonización”.⁶⁹

Pero quizá las imágenes funcionan en un nivel más sutil. De hecho, la imagen no es un panorama del paisaje mexicano, sino un retrato ante todo de rasgos de una parte del país nítidamente delimitada: el corredor que conecta el puerto de Veracruz con la ciudad de México. La mayoría de la gente que viajaba a México –así fueran diplomáticos, artistas, periodistas, científicos o personal militar– llegaba a la ciudad de México por este corredor, al menos hasta mediados de la década de 1880, cuando el ferrocarril conectó la ciudad fronteriza de El Paso del Norte con la ciudad de México. Éstos eran, pues, los rasgos topográficos que casi todo el público lector europeo y estadounidense reconocerían, atributos que durante largo tiempo habían tenido un lugar importante en el imaginario topográfico de “cómo se veía” México. Copiados una y otra vez en libros de viajes, en retratos artísticos, en periódicos de comercio y en relatos militares del periodo, los promon-

⁶⁸ Mayer, Mexico, 1:1. Una útil historia intelectual de la idea de naturaleza en la historia de México es *Los orígenes de la visión paradisiaca* de Ruedas de la Serna.

⁶⁹ García Cubas, *The Republic of Mexico*, 6; Pimentel, *La economía política*.

torios del Popocatepetl, el Iztaccíhuatl y el Pico de Orizaba eran metonimias de México.⁷⁰

Más que metonimias, eran, para usar el término de Bakhtin, cronotopos: “puntos [históricamente cargados] en la geografía de una comunidad donde se intersecan y fusionan el tiempo y el espacio”.⁷¹ Antes que ningún ejército gringo, antes que ningún viajero burgués y que ninguna expedición científica, Cortés atravesó ese corredor, vio estos rasgos topográficos y conquistó un imperio. La conquista española invariablemente influyó en la forma en que los recién llegados experimentaban y veían sus alrededores. En sus relaciones, parece como si cualquier acto estuviera, hasta cierto punto, imbuido del peso de la conquista. En ocasiones era literal: de visita en una cantina frente a la que estaba apostada una carreta que “podía haber llegado de España con Cortés”, W. E. Carson describe cómo con veinticinco dólares de plata en sus bolsillos se “sentía como un viejo galeón español cargado de octavos”.⁷² Pero era específicamente la presencia histórica de Cortés la que tenía mayor peso en la conciencia de los viajeros, y fue su marcha a Tenochtitlan, descrita con épico detalle en las copias de *The Conquest of Mexico* de William Prescott, libro de cabecera durante el viaje, la que más atrapaba su imaginación.⁷³ Al recorrer el “escenario de las fabulosas hazañas de Cortés”, se imaginaban de camino “a tierra de los aztecas”, contemplaban el “Pico de Orizaba cubierto de nieve” y “la elevada barrera de montañas, abrazando la tierra” y sentían deseos de “escalar sus alturas y adentrarse en ellas”.⁷⁴ El espacio físico del

⁷⁰ Sobre la metonimia, véase White, *Metahistory*, introducción. Sobre la metonimia y los hitos geográficos, véase Burnett, *Masters of all they surveyed*, 130.

⁷¹ Bakhtin, *The dialogic imagination*, 7.

⁷² Carson, *Mexico: the wonderland of the south*, 7, 10.

⁷³ Alfred Siemens observa que los dos libros que parecen haber acompañado inevitablemente a todo aquel que viajaba a México en el siglo XIX eran el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1811) de Alejandro de Humboldt y *The conquest of Mexico* (1843) de William Prescott. Siemens, *Between the summit and the sea*, 53.

⁷⁴ Shepard, *The land of the Aztecs*, 11-12. Véase también a Mason, *Pictures of life in Mexico*, y Gray, *Mexico as it is*. El furor por rastrear las huellas de Cortés no se detuvo; véase, por ejemplo, Franck, *Trailing Cortez through Mexico*, quien estableció que su propósito era “trazar en su totalidad la ruta seguida por Cortez [sic]

centro de Veracruz adoptó entonces la forma de un escenario teatral para muchos viajeros que integraban la épica de la expedición de Cortés al drama de su propio recorrido.⁷⁵ En efecto, la imagen de García Cubas funcionaba para conjurar un trayecto histórico específico mediante el uso de algunos de los rasgos geográficos simbólicamente más importantes en la historia oficial de la nación. La trayectoria precaria y contingente de Cortés se convirtió en un itinerario fijo, una pieza establecida de recorrido que funcionaba como el tropo primario para imaginar y también para entrar a México.⁷⁶

Con el mapa de García Cubas, y la *tierra* enmarcada como un *paisaje* primordialmente mexicano de una Orizaba teñida por la luz del sol y el sugerente Popocatepetl, el espectador, no sólo el viajero, podía ahora acometer una reconquista simbólica de México, recorriendo la tierra a la par de los conquistadores desde la comodidad de una silla de brazos. Como veremos en el siguiente apartado, los intelectuales de la SMGE estaban más que dispuestos a establecer el paso de Cortés en el mapa con algo más que sólo vistas del entorno.

Narración

En 1860, dos años después de la publicación del atlas de García Cubas, los lectores del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* descubrieron un ferviente ensayo, aunque breve, de uno de sus miembros, José Guadalupe Romero.⁷⁷ El artículo de Romero, titulado “Dictamen sobre los inconvenientes de mudar los nombres geográficos de las poblaciones de la República, aprobado por la Sociedad”, evita la descripción y la pretensión apolítica. Es por el contrario un ensayo

en su conquista de México”, pues sugiere que nunca lo han hecho correctamente “ni los historiadores ni los viajeros modernos” (VII).

⁷⁵ Una buena selección de narraciones de viajeros por Veracruz es la hecha por Poblett Miranda, ed., *Cien viajeros en Veracruz*. También véase Siemens, *Between the summit and the sea*.

⁷⁶ Sobre el uso de un pequeño número de itinerarios históricos al elaborar una imagen puramente auténtica de la colonia o nación, véase Cohn, *Colonialism and its forms of knowledge*, y Poole, “Landscape and the imperial subject”.

⁷⁷ Romero, “Dictamen sobre los inconvenientes”.

francamente normativo cuyo objetivo último es llegar a los ojos del presidente de la república. El ensayo de Romero tendría una notable adaptabilidad y resonancia a lo largo del siguiente medio siglo en la medida en que los miembros de la Sociedad y las autoridades gubernamentales lo utilizaron como referencia de una declaración fundacional sobre la política de denominación de lugares.⁷⁸

El informe surgió de una investigación encabezada por Romero, quien se encargó de elegir los mejores “medios para evitar el trastorno y confusión que ocasiona a nuestra geografía y aun a la ciencia geográfica en general, el cambio de los nombres” a ciudades y poblaciones del país. Tal vez haya percibido la volatilidad de la denominación como una alegoría de la propia inestabilidad política de México, pues Romero hizo de la inconveniencia geográfica un portento ominoso para la sociedad política, haciendo repetidas alusiones a los “graves inconvenientes”, “males” y “trastornos” causados por tales cambios. La nación enfrentaría “graves problemas”, advirtió, si no se abatía el cambio de los nombres de lugares geográficos. Efectivamente, las “naciones civilizadas han sido en este punto tan circunspectas”: el paso de los siglos y las oleadas de crisis políticas poco habían hecho para alterar los nombres de “Menfis y de Tebas, de Babilonia y de Ecbatana, de Jerusalén y de Atenas”, nombres geográficos que habían sobrevivido largamente a quienes bautizaron así a tales ciudades. Ni siquiera “en todo el calor de la revolución”, argumenta, habían cambiado los franceses más que un solo nombre, la capital del departamento de Vendée, y aun esta única variación dio pie a problemas interminables. Concluía entonces que ciertas cuestiones exigían que el gobierno federal tuviera derechos exclusivos para legislar “y quién duda de que son de esta clase las leyes que fijan invariablemente los nombres geográficos de una nación?” La comisión dirigida por Romero ofrecía una solución: proclamar que sólo el gobierno federal, y no las autoridades de los estados federados o los municipios, tuviera el poder de cambiar los nombres de lugares geográficos.⁷⁹

⁷⁸ Véase, por ejemplo, García Cubas, Díaz Covarrubias y Fernández, “Dictamen sobre los inconvenientes de variar los nombres”; Díaz, *Memoria de la Comisión Geográfico-Exploradora [...], 1878-1879*, 26-27, y García Granados *et al.*, “Dictamen presentado a la Sociedad por los socios ingenieros Ricardo García Granados, Francisco de P. Piña y Ricardo Ortega y Pérez Gallardo”.

⁷⁹ Romero, “Dictamen sobre los inconvenientes”.

En una época de guerra civil entre centralistas y federalistas, estas eran palabras duras. Y de hecho, bajo el mandato federalista de Benito Juárez, el gobierno rechazó la propuesta de Romero, muy probablemente por no provocar el distanciamiento de los dirigentes municipales y estatales, cuyo apoyo era clave luego de los tres años de guerra civil y en medio de una invasión extranjera. En un memorándum enviado a todos los gobernadores de los estados a las órdenes de Juárez se establece que, si bien el gobierno está “convencido [...] de los inconvenientes que ocasiona la frecuente mutación de los nombres”, no cree “necesario hacer a las autoridades de los estados prevención alguna sobre el particular”. Más bien, “bastaría poner en su conocimiento los fundamentos en que se apoyaba la solicitud de la expresada sociedad”.⁸⁰ Pero para comenzar, ¿qué habrá obligado a Romero a hacer una súplica tan apasionada en pos de algo aparentemente inocuo como la perduración onomástica? ¿Por qué se necesitaba la intervención federal? ¿Cuáles eran todos estos males y trastornos que amenazaban con debilitar a la nación? En cierto nivel, la preocupación de Romero es pragmática. Como señala, si siguen cambiándose arbitrariamente los nombres de lugares, el gobierno interno y las relaciones internacionales se verían envueltas en el caos y toda la confusión que ya aquejaba a “derroteros, mapas, noticias estadísticas, leyes y disposiciones gubernativas”, proseguiría. Si bien hace referencia al desorden administrativo que provocaría un paisaje sin codificar, Romero evita abundar en cualquier discusión explícita sobre el tema. A sus colegas de la SMGE, entre ellos García Cubas, correspondió establecer sin lugar a equívocos una década después de que el cambio constante y arbitrario de los nombres de lugares por parte de las autoridades municipales y regionales impedía la racionalización del sistema recaudatorio y debilitaba los fundamentos de la propiedad.⁸¹

La preocupación de Romero era, sin embargo, principalmente histórica. Señala que los nombres de lugares permanentes conservaban la

⁸⁰ Circular del Ministerio de Justicia, Fomento e Instrucción Pública, Sección de Fomento, 13 de mayo de 1862. Reimpreso en *BSMGE*, 1a. época, v. 8 (1860), 448-449.

⁸¹ García Cubas *et al.*, “Dictamen sobre los inconvenientes de variar los nombres”.

historia e imprimían en la tierra una genealogía. Esto último coincidía con la observación del lingüista alemán Karl Bauschmann acerca de que “los nombres geográficos, por su fijeza y duración [...], se pueden considerar como monumentos preciosos de los tiempos remotos”.⁸² En una analogía reveladora por sus transparentes propuestas de control estatal, Romero compara los nombres de lugares geográficos con los nombres propios que el Estado otorga a sus ciudadanos. Argumenta que los nombres propios “se han reputado siempre como inmutables [... y] las sociedades políticas consideran esta inmutabilidad como el único medio de identificar a las personas y distinguirlas entre sí”, por lo que sugiere que sólo en el más extraño de los casos debe permitirse a un individuo cambiar de nombre, y sólo agregando un nuevo apellido al original.⁸³ Además, ¿cómo podría validarse la propia y añeja genealogía de México si los nombres de lugares no son permanentes? Romero prosigue con su analogía: “Con mucha más razón deben disfrutar de esa inmutabilidad y duración los nombres geográficos de los lugares, porque el hombre al fin dura pocos años, cambia frecuentemente su situación y desaparece; pero los lugares son permanentes y firmes, están destinados a contener las razas y las generaciones y a ser los testigos mudos de la historia”.⁸⁴ Los nombres de los lugares, especialmente los indígenas, eran testigos mudos que transmitían mucho: hablaban *a través* de sus nombres y constituían los medios que permitían reconstituir una historia de “razas y generaciones”.

Este interés por los nombres de lugares indígenas formaba parte de una indigenomanía en ciernes y constituía un componente básico de la tendencia más general que Edward Said describe como la “búsqueda de autenticidad” poscolonial.⁸⁵ A diferencia del proyecto colonial, en el

⁸² Véanse asimismo los libros de Antonio Peñafiel, quien plantea que los nombres-lugares conservaban la tradición en lugares donde la historia ha desaparecido por completo. Peñafiel, *Nomenclatura geográfica de México*, VI, y Peñafiel, *Nombres geográficos de México*.

⁸³ Romero, “Dictamen sobre los inconvenientes”. Sobre la relación entre los nombres permanentes y el control del Estado, véase Scott, *Seeing like a State*, cap. 2.

⁸⁴ Romero, “Dictamen sobre los inconvenientes”.

⁸⁵ Said, *Culture and imperialism*, 226. Hasta qué punto el México del siglo XIX puede describirse como “poscolonial” es una pregunta abierta. El término mis-

que nombrar (mejor dicho renombrar) funcionaba como un mecanismo rutinario de posesión, con el cual se imprimía una nueva presencia cultural en la tierra para confirmar y crear un espacio en el que pudiera tener lugar la colonización, el proyecto nacionalista resucitó o se esforzó por perpetuar nombres que remitieran a una historia anterior al origen colonial.⁸⁶ No hubo un solo funcionario mexicano que al enfrentarse a un paisaje administrativo confuso sugiriera que los nombres de poblados y villorrios fueran reemplazados por las coordenadas de longitud y latitud, como algún funcionario colonial sugirió que se hiciera en la India británica.⁸⁷ Los nombres mismos eran fuentes vivas de esa historia añeja tan importante para la conformación contemporánea geográfica e histórica. Cuando García Cubas desenterró el artículo de Romero en 1869, señaló que los nombres indígenas de lugares a menudo significaban una idea, registraban un suceso histórico o indicaban la situación topográfica de un lugar.⁸⁸ Estos nombres fue-

mo, a pesar de (o quizá a causa de) su conspicuidad en el discurso académico, permite varias interpretaciones y empleos. Como el objetivo de este capítulo es, en parte, llamar la atención hacia los recursos discursivos utilizados para borrar y a la vez confirmar las formas persistentes de dominación y desigualdad estructural, en este caso “poscolonial”, no debiera entenderse como una descripción de una situación totalmente nueva que reemplazó al colonialismo. Esta forma de entender, señala Arif Dirlik, “mistifica tanto política como metodológicamente, una situación que representa no la abolición sino la reconfiguración de formas anteriores de dominación”. Dirlik, *The postcolonial aura*, 54. José Jorge Klor de Alva se cuestiona hasta qué punto puede uno incluso referirse a la gente de razón que asumió el poder en 1824 como antiguos “súbditos coloniales”. Véase Klor de Alva, “The postcolonization of the (Latin) American experience”. Véanse también las observaciones de advertencia sobre el discurso colonial y poscolonial en Adorno, “Reconsidering colonial discourse”.

⁸⁶ Los estudios sobre colonialismo, nombramiento y posesión son amplios. Véanse, a manera de muestras, Boelhower, “Inventing America”; Clarke, “Taking possession”, y Seed, *Ceremonies of possession*. Véase un análisis de prácticas de denominación que rebasan la afirmación común de que la denominación constituía una forma de posesión cultural en Carter, *The road to Botany Bay*.

⁸⁷ Edney, *Mapping an empire*, 115.

⁸⁸ Véase García Cubas *et al.*, “Dictamen sobre los inconvenientes de variar los nombres”, y Buelna, “Peregrinación de los aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa”.

ron una dimensión crítica de sus propios trabajos, que empezaron en 1857 y finalmente se publicaron en 1885, por reconstruir la ruta histórica tomada por los mexicas desde los territorios del norte hasta la meseta central.

La obsesión con la historia prehispánica nunca llegó al grado de opacar por completo las pretensiones de México a la consanguinidad europea. Un indicio de la tensión provocada por la historia es que José Guadalupe Romero tenía otra ruta en mente y su analogía genealógica tenía un segundo significado. El catalizador que se hallaba tras la formación de la comisión que dirigía surge de la incapacidad de los cartógrafos de la SMGE de trazar la ruta de Cortés de Veracruz a la ciudad de México en el primer mapa general de la república. Aunque inicialmente el mapa se propuso como una afirmación simbólica de la “respectabilidad política” del país tras la aplastante pérdida de la mitad del territorio nacional en la guerra con los Estados Unidos, también debía presentarse como una narrativa visual de la “verdadera historia” de México.⁸⁹ Los cartógrafos que elaboraron el mapa habían recibido instrucciones de volver a trazar y marcar “con exactitud” dos rutas históricas consideradas viajes fundacionales en la senda de México hacia la autorrealización: el itinerario seguido por Agustín de Iturbide de Iguala (donde pronunció su famosa proclama) a la ciudad de México (donde capitularon los españoles) y la ruta de Cortés desde la costa hasta la capital azteca de Tenochtitlan. Luego de un cuidadoso estudio, los investigadores reconstruyeron la ruta de Iturbide; la de Cortés resultó más difícil de alcanzar.

La segunda carta de Cortés al emperador Carlos V, escrita en algún momento del otoño de 1520, sirvió de fuente primaria para los cartógrafos. En la carta, Cortés narra su recorrido desde su desembarco en la costa del golfo hasta Tenochtitlan:

Yo fui, muy poderoso Señor, por la tierra y señorío de Cempoal, tres jornadas [...] y a la cuarta jornada entré en una provincia que

⁸⁹ *Boletín de Geografía y Estadística de la República Mexicana presentado al Supremo Gobierno por la Comisión de Estadística Militar* 3 (agosto de 1849), citado en Mendoza Vargas, *Historia de la geografía*, 73. Las cursivas son mías.

se llama Sienchimalen, en que hay en ella una villa muy fuerte y puesta en recio lugar, porque está en una ladera de una sierra muy agra [...]. Así pasé un puerto que está al fin de esta provincia, al que pusimos de nombre el puerto de Nombre de Dios, por ser el primero que en estas tierras habíamos pasado [...], y a la bajada del dicho puerto están otras alquerías de una villa y fortaleza que se dice Ceyxnacan, que asimismo era del dicho Mutezuma [...]. Desde aquí anduve tres jornadas de despoblado y tierra inhabitable a causa de su esterilidad y falta de agua y muy grande frialdad que en ella hay [...]. Al cabo de estas tres jornadas pasamos otro puerto [...] le pusimos nombre el Puerto de la Leña [...]. Y a la bajada del dicho puerto está un valle muy poblado de gente [...]. Este valle y población se llama Caltanmi [...] y dejándolos así muy contentos, me partí después de haber estado allí cuatro o cinco días, y me pasé al asiento del otro señor que está casi dos leguas que dije, el valle arriba, que se dice Istacmastitán.⁹⁰

Estas breves referencias seguramente se complementaron con las asentadas en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España de Bernal Díaz del Castillo*. Ciertamente constituyen referencias escasas para reconstruir un itinerario histórico. Más problemático aún era el hecho de que los nombres de lugares indígenas mencionados en los textos aparentemente se habían esfumado del paisaje víctimas de los repetidos cambios de nombre, y puede suponerse que se habían perdido para siempre. Como observa Romero: “quedaron al fin dudosos dos lugares del derrotero que siguió el conquistador español, porque no se pudo averiguar de una manera incuestionable, cómo se llaman hoy las poblaciones o lugares que antes de la conquista llevaban otros nombres”.⁹¹ Romero no dice cuáles eran estos dos lugares, ni ofrece ninguna indicación explícita sobre la naturaleza de estos cambios de nombre. Sin embargo, García Cubas sí: desde la década de 1830, los nombres indígenas de lugares fueron sustituidos por los nombres de los patriotas mexicanos de la Independencia: Allende, Morelos e Hidal-

⁹⁰ Cortés, *Letters from Mexico*, 54-57.

⁹¹ Romero, “Dictamen sobre los inconvenientes”.

go, entre otros. Los nombres de lugares se habían convertido además en armas en las guerras políticas entre las facciones rivales que aspiraban al control local, regional y nacional. Poco debe sorprender que García Cubas lamentara “hay estados que han cambiado casi enteramente la nomenclatura de sus pueblos”.⁹² Estos asuntos lo llevaron a argumentar que “perpetuar la memoria de los hombres ilustres” era un objetivo encomiable, pero que una estatua o un monumento servirían mejor a este propósito.⁹³ También era problemático que los lugares tuvieran más de un nombre: un poblado podía tener simultáneamente un nombre religioso, indígena, vulgar y legal, y todos ellos ser sustancialmente diferentes y no necesariamente establecidos y archivados categóricamente. Para finales del siglo, una nueva agencia de exploración del Estado adoptaría como una de sus principales tareas reunir y catalogar todos estos nombres a fin de superar tales ambigüedades.⁹⁴

Pero las finanzas de mediados de siglo no permitían soluciones rápidas. Los cartógrafos de la SMGE nunca recrearon lo que se pensaba que era la ruta precisa de Cortés, y excluyeron el itinerario del mapa final.⁹⁵ Esto se tomó como un fracaso y fue lo que provocó una fuerte respuesta, al menos entre los miembros de la SMGE y la subsecuente carta de Romero.⁹⁶ Entendían el poder de las narrativas fundacionales

⁹² García Cubas, *Memoria para servir a la carta general*, VI.

⁹³ Véase García Cubas *et al.*, “Dictamen sobre los inconvenientes de variar los nombres”, y García Cubas, *Memoria para servir a la carta general*.

⁹⁴ Véase Díaz, *Memoria de la Comisión Geográfico-Exploradora [...]*, 1878 a 1879, y Díaz, *Exposición Internacional Colombina de Chicago en 1893*, 16. En los capítulos “Conocimiento situado: la Comisión Geográfico-Exploradora, I” y “Avances espaciales: la Comisión Geográfico-Exploradora, II” examino con mayor detalle el trabajo de la Comisión Geográfico-Exploradora.

⁹⁵ Años más tarde, Manuel Orozco y Berra sugeriría que una razón adicional de que la ruta no estuviera incluida en el mapa era la escala; pero no he encontrado ni un solo indicio de que se hubiera planteado originalmente.

⁹⁶ Romero no sólo era un excéntrico gruñón, también representaba la obsesión de la época de enlazar la historia con el territorio. No sólo García Cubas y otros más reiteraban los argumentos de Romero, sino que el primer presidente de la SMGE, José María Justo Gómez de la Cortina, dedicó años enteros de su vida a la creación de un *Diccionario de voces necesarias para el estudio de la cosmografía, geografía y topografía para la inteligencia de las relaciones históricas y de viajes*, que nunca se completó ni se publicó.

como un medio de alcanzar la legitimidad geohistórica. Para Romero, al igual que para sus antecesores intelectuales –José María Luis Mora y Lucas Alamán–, así como para sus contemporáneos –Francisco Pimentel y Manuel Orozco y Berra–, la génesis de México comenzaba con Cortés y su épica confrontación con los aztecas. Si los viajes y afanes de Cortés fueron actos de fundación nacional, ¿cómo podían ser contingentes y ambiguos? Si las raíces de la nación debían encontrarse en la ruta de Cortés, ¿cómo podía presentarse si no es mediante una línea sólida, firme, decididamente bien trazada en el centro de la página?

Todos los Estados-nación tienen sus mitos fundadores, narraciones sobredeterminadas y evolutivas de la historia del Estado-nación que prestan credibilidad a ciertas pretensiones al gobierno. Estos mitos son teleologías genealógicas que dan poder a la presunta legitimidad de los descendientes. No sólo son estos mitos fundacionales un modo de narración histórica; a menudo son el propósito (y la política) de la misma historia, un medio santificado de imponer un orden temporal –una cronología– a las contingencias y la multiplicidad de lo que ha sido antes a fin de contar una historia coherente, delimitada, cifrada.⁹⁷ No obstante, la historia nacionalista tiene poco poder sin un espacio en el que pueda desarrollarse. D. W. Meinig lo ha dicho con doble sentido: “la historia tiene lugar”.⁹⁸ Gran parte de la fascinación con la geografía y la inscripción del mapa nacional gira en torno al entendimiento de que podía crear esos lugares en los que pudiera narrarse una historia fundacional, secuencial, en la que uno pudiera “seguir la marcha de los ejércitos, [o] las rutas y los descubrimientos de los viajeros” y componer el curso de la propia historia.⁹⁹

⁹⁷ Véase Carter, *The lie of the land*, 211. Hay algunos estudios que discuten el tema más a fondo; véase Carter, *The road to Botany Bay*; Obeyesekere, *The apotheosis of captain Cook*; Duara, *Rescuing history from the nation*, esp. el cap. 1, y Trouillot, *Silencing the past*. Sobre la narración histórica y el acomodo de los acontecimientos históricos en la trama (*emplotment*), véase White, *The content of the form*; Ricoeur, *Time and narrative*, and Somers, “The narrative constitution of identity”.

⁹⁸ Meinig, “The continuous shaping of America”, 1205. También véase Pred, “Place as historically contingent process”.

⁹⁹ Orozco y Berra, *Materiales para una cartografía mexicana*, VII.

La preocupación de los intelectuales de la Sociedad, como Romero y García Cubas, por los asuntos geográficos también era histórica: la posibilidad de que el enredo toponímico desestabilizaría la propia genealogía histórica de México, interrumpiendo la “narración de la nación” y con ello la empresa de la historia misma.¹⁰⁰ Al poner un alto al cambio arbitrario de los nombres de lugares, la ambigüedad tanto histórica como geográfica se reconciliaría mediante una forma de orden espacial y de permanencia cartográfica. Sólo entonces podría constituirse una coherencia histórica retrospectiva y descifrarse el destino, apagando simultáneamente la cacofonía de historias rivales de la tierra.

Conclusión

En un panegírico dirigido a García Cubas y pronunciado ante los miembros de la Sociedad en 1909, Francisco de P. Piña elogia la historia y la geografía como “dos hermosas ciencias [...] unidas poderosamente”, que proporcionaban entre ambas una “concepción real y positiva, y no ideal y platónica, de lo que es la patria”.¹⁰¹ Juntas explicaban no sólo “la razón de su existencia” sino también los principios rectores detrás de “los sacrificios que impone la defensa de sus derechos inviolables de soberanía e independencia”. La historia y la geografía eran más que ciencias hermosas: eran ciencias nacionales, dos caras de un complejo único que daba a una expresión territorial su legitimidad histórica, y a la historia un territorio en el cual desarrollarse. Juntas escribían una narrativa en torno a la cual podía cohesionarse el México moderno.

No debe sorprender esta loa a García Cubas. Su carta general de 1858 –al mismo tiempo biografía y geografía– sirvió de muchas formas como un momento de definición en la formación del Estado-nación mexicano. La idea misma de nación encuentra expresión en la unificación disciplinaria de la historia y la geografía sobre la superficie de este mapa nacional que, mediante una sutil fusión de tecnología e iconografía, retrataba a México en su intemporalidad a la vez que en su riqueza histórica. La naturalización científica del territorio de la nación,

¹⁰⁰ La frase es de Homi Bhabha. Véase Bhabha, ed., *Nation and narration*.

¹⁰¹ De P. Piña, “Importancia de los trabajos”, 390.

la producción visual de un paisaje cultural y natural específicamente mexicano y la narración de sus supuestas raíces convergen en la carta general para fijar la tierra como un objeto cultural, político, histórico y geográfico estable.

En este sentido, la carta general de García Cubas tenía con los mapas indígenas anteriores a la conquista y de principios de la Colonia mayores coincidencias de lo que a primera vista parecería. El cuidadoso examen hecho por Barbara Mundy de las imágenes cartográficas producidas como parte de las *Relaciones geográficas* para el monarca español a fines del siglo XVI revelan cómo una genealogía y una historia particulares se entretajeron en los mapas de los grupos indígenas conquistados por los españoles.¹⁰² Las diferencias superficiales entre estas pinturas y un mapa como el de García Cubas son inmensas, pero hay al menos una similitud que vale la pena destacar: ambos grupos de imágenes sirven para reunir a la historia y la geografía en un diálogo mutuo con el fin de legitimar la posición de quienes ocupan el poder ante aquellos a quienes dicen gobernar. Al analizar la forma interna y el contenido del mapa así como las circunstancias históricas que condicionaron su producción, he sugerido que los mapas a escala supuestamente objetivos y “modernos” que vemos tan naturales son a su vez poderosos relatos sobre el pasado y el presente, repletos de sus propios presupuestos ideológicos.

Resulta bastante paradójico que la inserción de una historia en el mapa pueda llevar a la historia anacrónica. En su cuidadoso análisis de la creación cartográfica de Tailandia, Thongchai Winichakul ha señalado que, al dar por sentada la existencia previa del Estado-nación tailandés, los historiadores olvidan el hecho de que estaba en vías de crearse, y a costa de toda una serie de reinos más pequeños y dispersos. Así, sin advertirlo, repiten y dan credibilidad a un discurso nacionalista que surgió en un momento específico del tiempo para legitimar ciertas pretensiones espaciales al poder.¹⁰³ Timothy Anna, en su estudio del México en

¹⁰² Mundy, *The mapping of New Spain*, especialmente el cap. 5.

¹⁰³ Thongchai, *Siam mapped*, 146-148. Parte de la fuerza de la crítica de Thongchai es la forma en que es capaz de vincular estas historias con tendencias más generales de la historiografía y la política contemporánea. Los historiadores dan por sentada la existencia de Tailandia porque se sienten obligados a ver la historia

el siglo XIX, hace una afirmación similar, aunque de ninguna manera es tan amplia ni tan audaz: al asumir la existencia de una entidad coherente llamada México, “ininterrumpida desde el tiempo de las civilizaciones antiguas”, los historiadores han codificado el discurso de legitimación de las elites del siglo XIX que construyeron los años iniciales de la Independencia como un momento de amenaza a un espacio ya constituido, reduciendo así la historia de México a una tragedia nacionalista de anexión y desintegración territorial narrada desde la metrópoli.¹⁰⁴

Un dominio histórico y espacial llamado México nunca fue externo ni previo a la historia, como puntos coordinados en la grátícula. Fue activamente constituido y narrado, y los mapas tuvieron un papel fundacional en el proceso. Esto no debería elaborarse como una insinuación de que la imagen de García Cubas fue una representación externa que opacó o borró un México más “auténtico”. Todo lo contrario: no había ningún paisaje “auténtico” ni un México esencial que se ocultara tras la fachada de la imagen, esperando surgir, prístino e inmaculado, de la bruma primigenia.¹⁰⁵ Fue precisamente la búsqueda de una esencia

de Tailandia en primer lugar a través de la lente de las relaciones internacionales y el colonialismo. Así, un Estado-nación ya integrado (Tailandia) se confronta con los poderes occidentales. Esta retícula epistemológica excluye la “voz de esos Estados diminutos que nunca llegarían a ser naciones, pese a su activo papel en ese tiempo, y sólo permite que se oiga la historia de la nación emergente” (147). También deja fuera de consideración la manera en que la elite de Bangkok se apropió de las tecnologías cartográficas occidentales para reafirmar el control sobre esas localidades. Las afirmaciones de Thongchai ofrecen material de comparación para que los mexicanistas del siglo XIX se encarguen de procesarlo. Los cuestionamientos de José Jorge Klor de Alva sobre la aplicabilidad del término “postcolonial” de América Latina ya constituye una fructífera empresa comparativa de este tipo. Véase Klor de Alva, “The postcolonization of the (Latin) American experience”.

¹⁰⁴ Anna, *Forging Mexico*, 6. Véase una rica reconsideración del primer medio siglo independiente en Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*.

¹⁰⁵ Mi crítica a la autenticidad no va dirigida a sugerir que suplantamos esas búsquedas de un origen legitimador con una celebración acrítica de hibridez y pluralismo. Seamus Deane lo ha señalado tajantemente: esto solamente sustituye “un tipo de experiencia colonizadora [con] otra”, eso es, de capital multinacional. Lo que importa es entender cómo se creó y articuló visualmente un punto de origen “auténtico” para las elites locales y extranjeras en un momento particular del tiempo, para legitimar el ejercicio del poder. Véase Deane, introducción a *Nationalism, colonialism, and literature*, por Eagleton, Jameson y Said, 19. Véase también Mitchell, “Different diasporas and the hype of hybridity”. Sobre los temas de autenticidad y representación, véase O’Hanlon y Washbrook, “Histories in transition”.

fija de esta naturaleza lo que tuvo tanta importancia para definir al Estado-en-formación. En este sentido, la carta general de García Cubas fue la más amplia de toda una serie de lo que llamaré “fijaciones del Estado”: obsesiones federales con la permanencia –la fijeza– considerada como algo básico para la práctica y la teoría del gobierno y para el desarrollo capitalista promovido por el Estado. El gobierno y el desarrollo requerían la capacidad de contar, imponer contribuciones, arbitrar... en una palabra, de regular. La regulación y la inversión requerían, a su vez, de un espacio homogéneo, predecible y unidades fijas de análisis: jurisdicciones políticas, categorías de gente, propiedades delimitadas, etcétera. Pero como claramente lo insinúan las lamentaciones de Mariano Otero (con las que comienza este capítulo) al hacer frente a las pretensiones imperialistas del vecino del norte, la unidad más básica de análisis en la necesidad de ser fijado es el Estado mismo.¹⁰⁶ De ahí la obsesión con una fijación muy material: la carta general. De ahí también los debates sobre los nombres permanentes para los lugares, el fetichismo de las civilizaciones sedentarias –fijas– y la reificación y naturalización de ciertas versiones de la historia y del espacio sumamente discutibles y contingentes en los retratos oficiales del pasado. La sutil conexión entre historia y geografía brindó una imagen ideológicamente saturada y acabada de un Estado-nación en formación, en el que un terreno en desarrollo se presenta como tradición y la multiplicidad de espacios se reduce a la linealidad de una narrativa singular.¹⁰⁷ Estas borraduras sólo dejan una historia que contar: la del propio Estado.

Véase asimismo la discusión entre O’Hanlon y Washbrook y Gyan Prakash: Prakash, “Writing post-orientalist histories of the Third World”; O’Hanlon y Washbrook, “After orientalism”, y Prakash, “Can the subaltern ride?”

¹⁰⁶ Sobre la forma en que se ha construido y sostenido la idea del Estado, véase Abrams, “Notes on the difficulty of studying the State”; Corrigan y Sayer, *The great arch*, y Sayer, “Everyday forms of State formation”.

¹⁰⁷ Véase Baba, “DissemiNation”, en particular, 148-150.

